

Entre dos culturas

Sin embargo, hay encuentros casuales

Fernando Morlanes Remiro

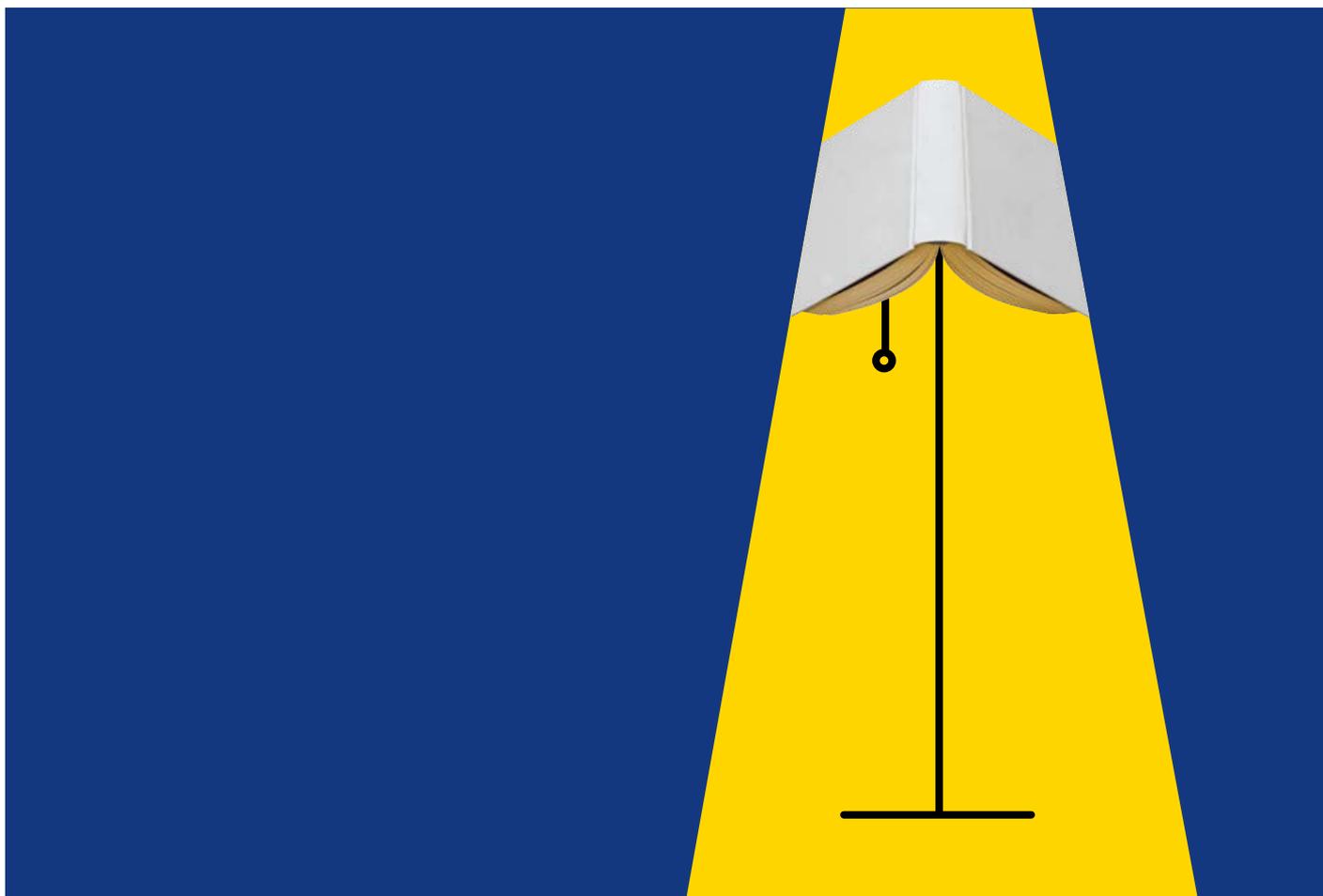


Ilustración: Óscar Baiges

Juan Eduardo Zúñiga nos ha cedido una importante primicia. Esa breve declaración sobre su posible o imposible relación con la literatura creada en los países nórdicos.

Se extraña el autor madrileño de que se piense que alguna influencia haya podido recibir desde países casi desconocidos para él. Y no le faltará razón ¿Quién mejor que él podría saberlo? Pero, sin embargo, duda. Veremos que podemos decir al respecto.

Juan Eduardo Zúñiga es para mí el mejor escritor español de cuentos del pasado siglo XX. Para otros, no obstante, no resulta interesante incluirlo siquiera en las antologías (muy pocas le conceden el honor de aparecer entre los mejores). Yo comprendo que no hay forma

objetiva de medir ese mérito sobre el mejor o no mejor escritor; pero sí que puedo afirmar que ningún otro ha sabido revivir el asedio de la ciudad de Madrid en la terrible Guerra Civil Española y el triste deambular de los vencidos en el inicio de la posguerra como él lo ha hecho en su trilogía de cuentos: *Largo noviembre de Madrid*, *La tierra será un paraíso* y *Capital de la gloria*. Tienen mucho que ver sus propias vivencias en el Madrid sitiado y su sensibilidad para captar las penurias y los sentimientos de la gente sencilla que solo quería sobrevivir o dar un sentido a su vida. Cuenta Zúñiga con la ventaja de haber conocido la contienda en primera persona (cuando acabó la guerra apenas tenía 20 años); es por eso por

lo que a nosotros, a la revista *Crisis*, nos llena de orgullo que ahora, 75 años después, haya tenido a bien realizar el esfuerzo de escribir esa brevísima declaración para nuestras páginas.

Como he dicho no es fácil encontrar una relación seria entre las estéticas que recorren las literaturas escritas en los países nórdicos y la compleja estética de nuestro escritor. No obstante, hay que considerar que todas las culturas, todas las tradiciones y las mitologías encuentran paralelismos, incluso repiten historias, situaciones, personajes, etc.

No vamos a mostrar ninguna tesis (ni siquiera hipótesis) sobre esos posibles encuentros; pero nos parece que hemos de realizar un

bonito juego en el que podremos comprobar que, con influencia o sin ella, hay muchas cosas comunes en mundos, en personajes, en literaturas que, en principio, valoramos tan distintas.

Sin ir más lejos, esa pelea continua entre la luz y las sombras, la noche y el día — innegable en las tierras nórdicas—, nos ofrece una de las mejores representaciones del hermetismo —siempre presente en la estética del madrileño—; hoy vence la noche, en el verano el día. Zúñiga conoció de niño la topología de la nieve en tebeos ambientados en Canadá, montañas blancas y nubes negras que, sin duda, dejaron poso en él para acabar claudicando ante los inviernos rusos, *Desde los bosques nevados*, libro en el que ofrece homenaje a Turguéniev, a Chéjov, a Pushkin, a toda la literatura rusa y, sobre todo, a San Petersburgo —alejada, sí; pero con la mirada puesta en Estocolmo—. Seguro que influencias comunes viajaron en ambas direcciones. Primero navegaron los vikingos hacia Rusia, dicen que fundaron Kiev y que, posiblemente, llegaron a Siberia. También a través de Tallín o Helsinki o cruzando el Báltico pudieron llegar a conectar las culturas eslavas y las escandinavas (sé que esto es pura imaginación, pero debe permitirse esta licencia sobre lo que pudo ocurrir); de hecho existen conexiones (seguro que casuales) entre dichas mitologías. Sosruko, personaje de la saga Nart del Cáucaso, encuentra su réplica en Loki personaje que representa fielmente la figura del *trickster*, del embaucador capaz de engañar a los dioses, figura que en la mitología griega vemos representada en Prometeo y en Hermes y que está presente en toda la literatura de Zúñiga. Del mito de Prometeo y Pandora surgen los símbolos literarios de nuestro autor: *el hombre inútil* y *la mujer libre*.

Del mismo modo, la relación entre esas mitologías y la

grecorromana se ve reflejada en muchas páginas de la novela *El coral y las aguas*. Marineros que encuentran su destino en el fondo de las aguas, vikingos que se arrojan al mar, que van al encuentro de las Valquirias para que les guíen al Valhalla, antes de caer prisioneros. La leyenda de Hylas que se arroja al río atraído por una ninfa. También historias en las que las Normas son dueñas del destino de los hombres, sacerdotisas, brujas... En fin, lo exotérico como herramienta de ese enfrentamiento entre el bien y el mal.

Queda claro que no descubrimos nada que no pudiésemos argumentar sobre la literatura de otros autores; pero son esas coincidencias entre la creación de mitos y leyendas entre culturas distintas y, qué duda cabe, la pertenencia al mundo occidental las que hacen posible que Zúñiga y, por ejemplo, Ingmar Bergman coincidan en algunas fijaciones estéticas: hermetismo, simbolismo y, sobre todo, la destrucción del idilio que cada cual resuelve a su manera, por supuesto, pero que marcan el camino para crear personajes femeninos fuertes y decididos, también perseguidos por la fatalidad pero dispuestos a encontrar su camino y a resolver. Claro, que el modo de resolver no es el mismo. En la primera película de Ingmar Bergman, *Kris* (¡Vaya casualidad! La película y nuestra revista comparten título: *Crisis*), se ve con claridad ese abandono del idilio de la aldea para caer de lleno en la vida destructiva de la ciudad; solo que la destrucción del idilio familiar y amoroso que produce esa crisis se supera regresando a la aldea. En Zúñiga sería imposible encontrar esa imagen. Para superar una crisis no se regresa al punto de partida, para superarla hay que sufrir una metamorfosis o no se supera (cuestión incomprendida hoy por la élite política y económica).

Habría que reconocer que hemos hablado de la primera película de Bergman, después ya no será tan inocente. Después descubrimos que nunca se recuperan los idilios. La destrucción del idilio familiar está presente en películas como *Gritos y susurros* o *Secretos de un matrimonio*.

Zúñiga, con gran variedad de registros, hace que sus historias y sus personajes rocen o lleguen a pertenecer a mundos sumergidos en el esoterismo, la brujería, la fiesta, la risa, el grotesco... En fin, mundos comunes en la literatura universal que, sin embargo, alcanzan características peculiares en cada tiempo, en cada topografía e, incluso, en cada autor. La construcción de mundos fantásticos que nos ofrece *Misterios de las noches y los días*, colección de cuarenta cuentos en los que el tiempo y el espacio carecen de importancia, es una muestra magistral de esa estética de la metamorfosis y del impulso que recibe desde los mundos antes mencionados. Esos mundos, tomando otra vez como ejemplo a Ingmar Bergman, son los que trascienden en *El séptimo sello*.

El mismo Zúñiga ha reconocido la posible influencia de mujeres como la Nora, protagonista de *Casa de muñecas* de Ibsen, en la concepción de sus personajes femeninos. Hemos mostrado herencias de mitologías y leyendas muy comunes. La propia existencia de los paisajes nevados, la permanente lucha de la luz y las tinieblas, hombres débiles que nuestro autor señala como *inútiles*, la denuncia de la destrucción universal a través de la destrucción del idilio (Bergman ha sido un buen ejemplo). Todo ello proviene de esa intercomunicación entre culturas que, a veces, pasa desapercibida. Aunque, no quiero quitar razones a las dudas que Zúñiga tiene sobre esas influencias. Ya he dicho que solo proponía un juego para poder llegar a pensar que nada hay tan lejano como a veces creemos.